

EL CUENTO DEL AMERICANO

Arthur Conan Doyle



TÍTULO ORIGINAL: THE AMERICAN'S TALE

Traducción: Xabier Galarreta

© Marjinalia Bilduma
Agosto de 2015

“Tiene un aire extraño, así es”, estaba diciendo justo cuando abrí la puerta de la habitación en la que nuestra pequeña sociedad semiliteraria solía reunirse; “pero podría contarles cosas más raras incluso que ésa –cosas increíblemente más raras–. No pueden aprenderlo todo de los libros, señores, de ninguna manera. No son el tipo de hombres que vayan a mantener unido al pueblo inglés ni hombres que hayan gozado de una buena educación quienes vayamos a encontrar en lugares extraños como esos en lo que yo he estado. Son mayormente hombres rudos, señores, que apenas pueden expresarse correctamente, y no se les puede pedir que cuenten lo que han visto valiéndose de papel y tinta; sin embargo, si pudieran hacerse oír, harían que muchos de sus colegas europeos no dieran crédito a sus oídos. Lo harían, ¡ya lo creo!

Su nombre era Jefferson Adams, creo; sé que sus iniciales eran J.A., y de hecho pueden verlas profundamente talladas en la parte superior derecha del panel de nuestra habitación de fumadores. Nos dejó ese legado, así como algunos artísticos motivos en nuestro alfombra turca, fruto de su hábito de fumador; pero más allá de esos recuerdos, nuestro cuenta-historias Americano se ha desvanecido de nuestra vista. Brilló a través de

nuestra ordinaria y tranquila cordialidad como lo hace un brillante meteorito, y luego desapareció en la oscuridad del más allá. Aquella noche, sin embargo, nuestro amigo de Nevada estaba en el cenit de su vitalidad; y yo me preparé tranquilamente una pipa y me dejé caer en la silla más próxima, haciendo lo posible por no interrumpir su historia.

“Tengan en cuenta”, continuó, “que yo no guardo rencor alguno a sus hombres de ciencia. Tengo en consideración y respeto a alguien capaz de clasificar tanto a una bestia como a una planta, desde un arándano a un oso pardo, con una palabra más parecida a un trabalenguas que a un nombre; pero si lo que quieren son hechos realmente interesantes, tendrán que acudir a los cazadores de ballenas y a los hombres de la frontera, a sus exploradores y a los hombres de Bahía Hudson, hombres que apenas saben escribir su nombre.

Hubo aquí una pausa, ya que el Sr. Jefferson Adams sacó un enorme puro y tras prepararlo le prendió fuego. Mientras tanto, todos guardábamos un gran silencio en la sala, porque para entonces ya habíamos aprendido que la mínima interrupción haría que nuestro yanqui se sumiera de nuevo en sí mismo. Miró alrededor con una sonrisa de autosatisfacción al ver nuestras miradas expectantes fijas en él, y continuó a través de un halo de humo.

“Ahora, ¿quiénes de ustedes, caballeros, han estado en Arizona? Ninguno, juraría. ¿Y cuántos ingleses o americanos capaces de utilizar un

bolígrafo sobre un papel han estado en Arizona? Realmente muy pocos, según mis cálculos. Yo he estado allá, señores, viviendo durante tres años; y cuando pienso en las cosas que vi allí, de veras, pero apenas soy capaz de creerlo.

“Ah, ¡vaya país! Yo era uno de los filibusteros de Walker, porque así nos solían llamar; y luego de que cayéramos en una redada, y al jefe le pegaran un tiro, algunos decidimos marcharnos y quedarnos a vivir allá. Una verdadera colonia Inglesa y Americana, eso es lo que éramos, con nuestras esposas y con nuestros niños, y completa en todos los sentidos. Creo que aún quedarán algunos de los viejos amigos, y dudo mucho que hayan olvidado lo que ahora les voy a contar. No, estoy seguro de que no lo han olvidado, no al menos a este lado de la tumba, señores.

“Pero estaba hablando del país; y pienso que sólo con ese tema ya podría causarles un considerable asombro. ¡Y pensar que un país así pudiera ser construido por unos pocos ‘rufianes’¹ y mestizos! Es desaprovechar los regalos de la Providencia, eso es lo que yo digo que es. Prados que eran como si te cubrieses de hierba mientras cabalgabas por ellos, y árboles tan gruesos que en leguas y leguas a la redonda te resultaba imposible ver un ápice de cielo azul, ¡y orquídeas como sombrillas! ¿Tal vez alguno de ustedes ha visto nunca una de esas plantas que, en algunas partes del

¹ Greaser: engrasador (literalmente), también “grasiento”, “mecánico”, “matón”, etc.

Estado, son dadas en llamar ‘cazadoras de moscas’?”.

“*Diancea muscipula*”, murmuró Dawson, nuestro hombre de ciencia por excelencia.

“¡Ah, ‘danza-con-la-discípula’, eso es! Ves a una mosca posarse sobre una de esas plantas, y acto seguido verás cómo una de sus hojas se abre en dos y atrapa con ellas a la mosca, para triturarla y reducirla a pedazos, como un gran calamar marino con su pico, ahí es nada; y pasadas unas horas, si abres la hoja, verás el cuerpo de la mosca medio digerido, y reducido a pedazos. Bueno, pues yo he visto a esas atrapa-moscas en Arizona con hojas de 8 y diez pies de largo, y espinas o dientes que medían un pie o más; en fin, que podrían... –pero, maldita sea, ¡voy demasiado rápido!

“En realidad, era sobre la muerte de Joe Hawkins de lo que iba a hablarles; ‘no creo que hayan oído nunca hablar de algo tan raro. No había en Montana una sola persona que no hubiera oído hablar de Joe Hawkins –‘Alabama’ Joe, que es como allá le llamaban–. Era un hombre fuera de lo común, un verdadero rufián con los que pocas veces un hombre se llega a topar. Pero no era un mal tipo, en definitiva, siempre que lo trataras de manera apropiada; pero si le buscabas las costillas, era peor que un gato montés. Le vi vaciar las seis balas de su cargador contra una multitud que casualmente le había tratado a empujones en el Bar Simpson, donde se celebraba un baile; y acuchilló a Tom Hooper porque de manera fortuita derramó

licor en su chaleco. No, Joe no perseveró en el crimen; y no existía un hombre en el que podrías confiar más.

“Ahora, en la época de la que os hablo, cuando Joe Hawkins andaba fanfarroneando en la ciudad y arrasándola con sus armas de fuego, había allá un inglés llamado Scott –Tom Scott, si mal no recuerdo–. Este hombre, Scott, era un auténtico ‘Británico’² (con perdón de los presentes), y no congenió mucho con la colonia británica allá instalada, o tal vez la colonia no congenió mucho con él. Scott era un hombre sencillo –incluso demasiado tranquilo para una colonia como aquella; le llamaban el antipático, pero no lo era. Se mantenía apartado de todo el mundo, y no interfería con nadie siempre que le dejaran a su aire. Se decía que había sido maltratado en su tierra –por ser un cartista³ o algo así– y tuvo que marcharse y huir; pero él nunca hablaba de sí mismo, y nunca se quejaba. Buena o mala suerte, la cuestión es que aquel tipo mantenía la compostura.

“Este tipo, Scott, era algo así como el blanco de las mofas de todos los hombres de Montana, debido a su carácter tranquilo y sencillo. Tampoco había porqué prestar demasiada atención a sus quejas, porque, como ya he dicho, los Británicos

² Emplea la palabra “Britisher”, que en la época tenía un sentido peyorativo. (N. del T.)

³ El Cartismo fue un movimiento popular que surgió en el Reino Unido desde 1838 hasta 1848 y que expresaba la agitación de la clase obrera. (N. del T.)

apenas lo consideraban siquiera uno de los suyos, y le gastaban muchas y pesadas bromas. Nunca se ponía agresivo, sino que era amable con todo el mundo. Yo creo que los muchachos llegaron a pensar que le faltaba valor, hasta que les demostró lo equivocados que estaban.

“Fue en el Bar Simpson cuando se montó una buena gresca, y que habría de dar pie a la extraña historia que ahora voy a contarles. En aquella época, Alabama Joe y otros dos o tres camorristas como él andaban mezclados precisamente entre los británicos, y daban muy a la ligera sus opiniones, aunque les había advertido de que podía montarse una buena. Aquella noche en particular Joe estaba casi borracho, y se anduvo pavoneando por la ciudad con su revólver de seis tiros, en busca de camorra. Luego se dirigió hacia el bar en donde sabía de antemano que se toparía con algunos ingleses tan dispuestos a montarla como él mismo. Seguramente, habría una media docena holgazaneando allá, en el bar, y Tom Scott se encontraba sólo junto a la estufa. Joe se sentó a la mesa, y puso su revolver y su cuchillo frente a sí. ‘Estos son mis argumentos, Jeff’, dijo, ‘si cualquier británico mentiroso se atreve a contradecirme’. Yo traté de detenerle, señores; pero no era un hombre al que podrías convencerle fácilmente, y comenzó a hablar de una manera que ninguna persona habría podido sufrir en silencio. En fin, incluso un ‘grasiento’ se revolvería al oír insultos tales como ‘País de Grasientos’, etcétera. El bar quedó al principio conmocionado, y luego cada hombre echó

mano de sus armas; pero antes de que nadie empezase a disparar, oímos una voz tranquila que provenía de la estufa: ‘Reza tus oraciones, Joe Hawkins; porque, el Cielo por testigo, ¡eres hombre muerto!’. Joe se volvió, y parecía que iba a agarrar la pistola; pero no tenía manera de hacerlo. Tom Scott estaba de pie ante él, apuntándole con su Derringer; una sonrisa en su pálido rostro, pero con el brillo del mismísimo diablo en los ojos. ‘No es que mi viejo país se haya portado muy bien conmigo’, dijo, ‘pero nadie va a hablar así de él ante mí, y vivir para contarlo’. Durante uno o dos segundos pude ver su dedo acariciar el gatillo, y luego se rió, y arrojó la pistola al suelo. ‘No’, dijo, ‘No puedo tirotear a un hombre borracho. Coge tu sucia vida, Joe, y utilízala mejor de lo que la has utilizado hasta ahora. Esta noche has estado más cerca de la tumba de lo que vayas a estarlo mientras vivas. Creo que ya es hora de que recojas tus cosas y te largues. Aún más, no vuelvas a mirarme así nunca; no me da miedo tu pistola. Un matón es casi siempre un cobarde’. Y girándose con desdén, volvió a encender su semiapagada pipa con el fuego de la estufa; mientras tanto, Alabama salió del bar, con las carcajadas de los británicos resonando en sus oídos. Vi su cara cuando pasó ante mí, y vi en ella escrita la palabra asesinato, señores –asesinato, más claramente de lo que nunca antes la había visto nunca.

“Finalizada la trifulca permanecí en el bar, viendo cómo Tom Scott estrechaba las manos de los presentes. Se me hacía bastante raro verle

sonreír y mostrarse así de contento; porque conocía la sanguinaria mente de Joe, y sabía que el inglés tenía pocas posibilidades de vivir hasta el día siguiente. Vivía en una suerte de lugar apartado, saben, más allá de sendero alguno, y tenía que pasar por Flytrap Gulch para llegar allí. Era una zona abrupta, sombría y pantanosa, muy solitaria incluso durante el día; aunque siempre resultaba sobrecogedor ir a contemplar las enormes hojas de ocho o diez pies cerrándose de golpe en cuanto algo las tocaba; pero durante la noche no rondaba ni un alma en aquel lugar. Algunas partes del pantano eran también muy movedizas y profundas, y un cuerpo que cayera en ellas habría desaparecido para el día siguiente. Podía ver a Alabama Joe agazapado bajo las hojas de la gran planta carnívora en la zona más sombría del barranco, con el ceño fruncido y revólver en mano; lo podía ver, señores, tan claramente como les veo a ustedes.

“Hacia la medianoche Simpson cerró el bar, así que tuvimos que marcharnos. Tom Scott inició su camino de tres millas en medio de una paz cortante. Cuando pasó junto a mí le dejé caer una indirecta, porque el tipo me era simpático. ‘Lleve el Derringer suelto en el cinto, señor’, le dije, ‘porque es probable que lo necesite’. Me miró con su pacífica sonrisa, y luego le perdí de vista en la oscuridad. Nunca pensé que volvería a verlo. Apenas se había marchado cuando Simpson se acercó y me dijo, ‘Hoy se va a montar una buena en Flytrap Gulch, Jeff; los muchachos dicen que Hawkins partió hace una hora para aguardar a Scott

y tenerlo ya a tiro. Creo que mañana se requerirán los servicios del juez de instrucción’.

“¿Qué sucedió en el pantano aquella noche? Era una pregunta tan gratuita como lo serían el resto de cuestiones planteadas al día siguiente. Al amanecer, había un mestizo en la tienda de Ferguson, y dijo que hacia la una de la mañana se encontraba él casualmente cerca del pantano. No le resultaba fácil contar su historia, parecía tan inusualmente asustado; pero, finalmente, nos dijo que había escuchado unos gritos aterradores en medio de la quietud de la noche. No hubo disparos, dijo, pero los gritos eran continuos, bastantes sordos, como si un hombre tuviera su cabeza cubierta por un poncho, sumido en un terrible dolor. Abner Brandon y yo, y unos pocos más, estábamos en la tienda en ese momento; así que que montamos y nos dirigimos a la casa de Scott, atravesando de camino el pantano. Allá no había nada que ver en particular –ni sangre ni señales de lucha ni nada de nada; y cuando llegamos a casa de Scott, salió a recibirnos y nos saludó tan fresco como una alondra. ‘¡Aúpa, Jeff!’, dijo, ‘al final no hubo necesidad de utilizar las armas. Pasen y tómense un trago, muchachos’. ‘¿Viste u oíste algo cuando regresaste a casa ayer por la noche?’, pregunté. ‘No’, respondió. ‘Todo estaba muy tranquilo. Una lechuza aullando en Flytrap Gulch, eso fue todo. Venga, desmonten y pasen a echar un trago’. ‘Gracias’, dijo Abner. Así que desmontamos, y a la hora de regresar Tom Scott cabalgó con nosotros hasta el poblado.

“Cuando pasamos cabalgando por la Calle Principal hubo una gran conmoción. La colonia americana parecía haberse vuelto completamente loca. Alabama Joe había desaparecido, no quedaba ni una partícula de él. Desde que se había adentrado en el pantano nadie había vuelto a verle. Cuando atamos nuestros caballos, nos topamos con una gran muchedumbre frente al bar Simpson, y algunas miradas amenazadoras contra Tom Scott, eso puedo asegurarlo. Hubo un chasquido de pistolas, y vi cómo Scott se llevaba también la mano al cinto. No había ni una sola cara británica allí. ‘Apártate, Jeff Adams’, dijo Zebb Humphrey, un sinvergüenza como pocos hayan existido nunca, ‘esto no va contigo. Díganme, muchachos, ¿nosotros, americanos libres, hemos nacido para ser asesinados por un maldito británico?’. Fue la cosa más rápida que había visto nunca. Hubo un chasquido y un estampido; Zebb estaba en el suelo, con una bala de Scott en el muslo, y el propio Scott yacía también en el suelo con media docena de hombres sujetándole. Pero no empleaban la fuerza para reducirlo, porque Scott no ofrecía ninguna resistencia. Al principio parecieron dudar un poco acerca de lo que tenían que hacer con él, pero entonces uno de los colegas más allegados de Alabama les arengó. ‘Joe se ha ido’, dijo; ‘de eso no hay duda, y aquí tenemos al hombre que lo mató. Algunos de vosotros sabéis que Joe marchó la pasada noche al pantano a resolver un asunto; nunca regresó. Sabéis también que este maldito británico partió hacia allí nada más irse Joe;

tuvieron una trifulca, se escucharon gritos en la zona de las grandes plantas atrapa-insectos. Yo mantengo que ha utilizado alguna de sus sucias trampas contra el pobre Joe y luego se ha deshecho de él arrojándolo al pantano. No tiene nada de extraordinario que el cuerpo haya desaparecido. Pero, ¿nos vamos a quedar de brazos cruzados y viendo cómo un inglés mata a nuestros amigos? Creo que no. Dejen al Juez Lynch⁴ que se ocupe de él, eso es lo que yo digo’. ‘¡Linchadlo!’, gritaron al unísono cientos de voces furiosas –porque para entonces toda la chusma y todos los mestizos del campamento nos rodeaban. ‘Eh, muchachos, traigan una cuerda y pásensela alrededor. ¡Sobre la misma puerta del bar Simpson!’. ‘Escuchad’, dijo otro, dando unos pasos hacia adelante; ‘colguémosle en la gran planta atrapa-insectos del pantano. Dejemos que el propio Joe vea cómo le vengamos, por si acaso estuviera enterrado por allí cerca’. Hubo un grito unísono a favor de la propuesta y partieron con Scott atado sobre su mustang en medio de todos ellos, y con un grupo a modo de guardia montada, con los revólveres amartillados rodeándole; por lo que pudimos ver, había también una veintena más o menos de británicos que no parecían reconocer la autoridad del Juez Lynch, lo cual traería consigo una verdadera batalla campal.

“Salí con ellos, mi corazón rogando por Scott, aunque yo no habría dado un centavo por él. Estaban dispuestos a todo. Resulta bastante extraño,

⁴ Juego de palabras. To lynch: linchar (N. del T.)

señores, colgar a un hombre de una planta atrapa-insectos; pero nuestra planta es algo fuera de lo común, con unas hojas tan grandes como un par de remos, con una suerte de bisagra entre las mismas, y grandes espinas al fondo.

Bajamos por el barranco hasta llegar al lugar donde crece la planta más grande de todas, y allá la vimos, con sus enormes hojas, algunas cerradas y otras abiertas. Pero vimos también algo peor que eso. Alrededor del árbol vimos unos treinta hombres, todos ellos británicos, y armados hasta los dientes. Estaban aguardándonos, como era obvio, y había en ellos una mirada seria y severa, como si hubieran venido con un propósito concreto y lo quisieran dejar claro. Había allí suficiente materia prima como para que prendiera una escaramuza como jamás había visto. Según nos acercábamos, un enorme escocés barbirrojo –se llamaba Cameron– se destacó del resto, con su revolver amartillado en la mano. ‘Oíd, chicos’, dijo, ‘no vais a tocar ni un pelo de la cabeza de ese hombre. Ni siquiera habéis probado que Joe esté muerto; y si lo hicierais, no tendríais pruebas de que lo hubiera matado Scott. En cualquier caso, sería en defensa propia; porque todos sabéis que vino aquí en busca de Scott, para pegarle un tiro a quemarropa; así que lo repito de nuevo, no vais a tocar ni un pelo de ese hombre; y lo que es más, tengo una razón de treinta y seis cañones para convenceros de ello’. ‘Esto pinta interesante, y merece la pena razonar sobre ello’, respondió el hombre que había sido amigo íntimo de Alabama Joe. Hubo un chasquido de

pistolas, y los cuchillos silbaron en el aire, y ambos bandos arremetieron los unos contra los otros, y pareció que la tasa de mortalidad iba a experimentar un aumento en Montana. Scott permanecía quieto con una pistola en la oreja lista para ser usada si se movía lo más mínimo, tranquilo y sereno, como quien se ha quedado sin dinero en la mesa, cuando súbitamente dio un brinco y lanzó un grito que rasgó nuestros oídos, estridente como una trompeta. ‘¡Joe!’, gritó, ‘¡Joe! ¡Mírenlo! ¡En la planta atrapa-insectos!’.

Nos volvimos y todos miramos hacia donde nos indicaba con el dedo. ¡Jerusalén! No creo que nunca podamos sacarnos esa imagen de nuestra mente. Una de las hojas de la planta atrapa-insectos, que hasta entonces había permanecido cerrada en contacto con el suelo, había empezado a enrollarse de nuevo sobre sus articulaciones. Allá, como un niño en su cuna, yacía Alabama Joe, en el hueco de la hoja. Las enormes espinas se habían ido clavando lentamente en su corazón hasta que se cerraron sobre él. Podíamos ver cómo había intentado abrirse paso con su cuchillo, porque había varios cortes y hendiduras en la gruesa y carnosa hoja, y tenía agarrado el cuchillo de monte en la mano; pero se había asfixiado antes. Probablemente se había echado allí para protegerse de la humedad mientras aguardaba a Scott, y luego la planta se había ido cerrando sobre él tal y como tu pequeña planta carnívora ornamental lo hace con una mosca; y así es como lo encontramos, desgarrado y estrujado, convertido en pulpa por las enormes espinas dentadas de la planta devoradora de

hombres. Creo, señores, que deberán ustedes de reconocer que se trata de una historia cuanto menos curiosa”.

“¿Y qué fue de Scott?”, preguntó Jack Sinclair.

“Bueno, lo llevamos de nuevo al pueblo a hombros, hasta el mismísimo bar Simpson, y nos invitó a beber. Incluso improvisó un discurso –un maldito y bello discurso– desde el mostrador. Algo sobre el león británico y el águila americana caminando juntos, cogidos del brazo para siempre jamás. Y ahora, señores, esa historia queda lejos, y mi puro está apagado; creo que es hora de ir retirándose, antes de que se haga demasiado tarde”; y con un “¡Buenas noches!” salió de la habitación.

“Una narración extraordinaria”, dijo Dawson. “¡Quién hubiera pensado que una Diancea pudiera ser tan poderosa!”

“Una historia endiabladamente extraña”, dijo el joven Sinclair.

“Un hombre realista y veraz, sin duda”, dijo el doctor. “O el mentiroso más original que nunca haya existido”, dije yo.

Me pregunto cuál de los dos era.